



CAPÍTULO IV

EN medio de un paisaje nevado que dejaba ver las cascadas de las ramificaciones de los Apeninos convertidas en caprichosas cristalizaciones, el tren con su penacho de humo atravesaba precipicios, valles y largos túneles. Por aquí una aldea, por allá una pequeña ciudad, por diferentes puntos desordenados caseríos, encantaban la vista con un pintoresco panorama.

Ibamos camino de Florencia, la Atenas de Italia, como la llaman generalmente. Antes del medio día bajábamos en la estación del ferrocarril, dirigiéndonos luego al hotel que se hallaba por fortuna en el centro de la ciudad. Era el 21 de Enero. Contra lo que esperábamos, el tiempo estaba lluvioso y nos privaba de



DUOMO DE FLORENCIA.

poblaciones que habíamos visitado. ¿La fundarían los etruscos y no los romanos, como algunos pretenden? Dejemos que los eruditos se devanen los sesos para averiguarlo: nosotros lo único que hacemos notar es el tipo extraño y hermoso á la vez que presenta la ciudad al viajero.

Estamos frente al Duomo, ó por otro nombre Santa María dei Fiori. La soberbia fachada de esta iglesia

metropolitana es de aquellas que á primera vista causan una impresión de asombro. Etrusca ó bizantina, ó ambas cosas, revela en su conjunto una labor asidua en que tomaron parte los artistas más ilustres de Italia. Sus mármoles de colores, combinados á manera de mosaicos; sus estatuas colosales; sus bajo relieves en que se representan asuntos religiosos; sus líneas armónicas; su conjunto, en fin, es de tal naturaleza, que no se cansaría uno de contemplarlo durante días enteros. Mas no sólo esta fachada es lo que causa justa admiración, sino también los flancos, llamémoslos así, donde continúan las obras de arte más bien acabadas. ¿Y qué diremos del esbelto campanario que se levanta aislado, y no obstante viene á ser el complemento de la grandiosa catedral? Que no es posible dar de él una vaga idea, pues en cada cuerpo, en cada arco, en cada columna presenta alguno de esos trabajos que por sí solos forman la reputación de un artista. Otra obra hay en el exterior del Duomo digna de admirarse; la cúpula diseñada por Arnolfo, y realizada por Brunelleschi contra las opiniones de los arquitectos más célebres de su época. Esta obra, erigida con el atrevimiento propio de un genio superior, excede en circunferencia y en altura á la cúpula de San Pedro de Roma. Puede decirse de ella que ha desafiado el fuego del cielo, pues herida varias veces por el rayo, permanece firme y erguida en su puesto de honor.

Antes de penetrar en el Duomo demos una mirada al Bautisterio que se halla en frente y goza de fama universal: es de forma octágona, del mismo estilo que el suntuoso templo metropolitano, y en él se admiran

las estatuas y los bajo relieves de bronce, obras de insignes artistas. La puerta de Pisano, coronada por un estupendo trabajo de Ghiberti, merecería ser la puerta del Paraíso á juicio de Miguel Angel.

El Bautisterio data del siglo VII, y dícese que para construirlo se emplearon los materiales de un antiguo templo pagano.

Tiempo es ya de entrar en el Duomo. El espectador, asombrado aún con las maravillas del exterior, no se da cuenta de las bellezas que el interior encierra. No vacila en creer que éste no corresponde á la magnificencia de aquél. Poco á poco, sin embargo, se repone de la impresión que le ha causado su entrada en el templo, sobre todo cuando abarca con la vista aquellas majestuosas naves. Son muchas naturalmente las obras de arte que hay en el interior del Duomo. A nosotros nos llamó la atención la pintura de Michelino que representa al Dante y en que se alude á la *Divina Comedia*, lo mismo que el grupo escultural de la Piedad, última obra de Miguel Angel en este género y que se quedó sin concluir. Apreciabilísimas son también las miniaturas de los libros corales.

Iremos ahora á la plaza de la Señoría donde se halla el Palacio Viejo. Allí están un grupo colosal de Hércules y Caco y una fuente con la estatua de Neptuno. A un lado de la fuente la estatua ecuestre de Cosme I, sobre un pedestal adornado de bajo relieves de bronce en que se representan al Senado que confiere á Cosme el título de Gran Duque de Toscana; la entrada de éste á Sena, y al mismo Cosme recibiendo del Papa Pío V las insignias ducales.

Veamos, antes de entrar en el Palacio, la Loggia dei Lanzi. Dos leones colosales se hallan á los lados de la escala del centro, y entre las esculturas son notables las Virtudes teologales y cardinales; Perseo, sobre una base embellecida con pequeñas estatuas, obra maestra de Benvenuto Cellini; Judit, trabajo de Donatello; Ajax moribundo; el rapto de las Sabinas; Hércules y el Centauro, y el grupo moderno que representa el rapto de Polisená.

El Palacio Viejo, ocupado por la Señoría de Florencia en épocas remotas, es hoy propiedad del municipio y el Consejo comunal celebra en él sus sesiones. Su aspecto exterior parece el de una fortaleza, y le da cierto aire de suntuosidad una torre caprichosa en la base de la cual se ve un reloj. Es verdaderamente notable la falta de simetría que se advierte en su fachada. Sobre la puerta hay dos leones que sostienen la inscripción «*Rex regum et Dominus dominantium*».

El patio de entrada, decorado con varios frescos, forma contraste con la severidad de la parte externa del edificio. En el centro hay una bonita fuente de pórfido rematada con un geniecillo de bronce. Hacia la izquierda se ve el grupo de Sansón y un filisteo.

El salón del Gran Consejo, llamado también de los Quinientos, es muy interesante. Los frescos de la techumbre representan los principales acontecimientos de la historia de Florencia y de los Médicis. Seis grandes cuadros murales reproducen asuntos históricos, y debajo de ellos hay unos tapices florentinos con escenas de la vida de San Juan Bautista. Las estatuas notables de esta gran sala son las de León X, Juan de las

Bandas negras, Julián de Médicis, Alejandro de Médicis, Cosme I, Savonarola y cuatro esculturas griegas transportadas de la Villa de Médicis, de Roma. Asimismo es digno de mencionarse el grupo del Papa Clemente VII ciñendo la corona imperial á Carlos V. A este salón sigue otro más pequeño, que era donde la familia de los Médicis guardaba sus tesoros. La Sala de los Doscientos es la que ocupa el Consejo Comunal. En seguida se pasa al departamento de León X, que contiene frescos de Vasari sobre importantes hechos históricos. Este departamento tiene varias divisiones, que son: la sala y la capilla de León X; la sala de Clemente VII; un pasillo; las cámaras de Juan de las Bandas negras, de Cosme I, de Lorenzo el Magnífico y de Cosme el Viejo.

En el segundo piso está la Sala del Reloj donde se reunía el Consejo de los Ochenta. Está pintada con lirios de oro sobre fondo azul. Allí existía un reloj con el movimiento de los planetas, construído por della Volpaia, obra maravillosa en tiempo de Lorenzo el Magnífico. Hoy se ve en el centro el busto del Dante y las banderas de los municipios italianos que concurrirón á su centenario.

Luego se entra en el Guardarropa lleno de armarios en que Fernando III había reunido una excelente colección de armas. Hay allí una antigua colección de mapas geográficos, que son dibujos del dominico Ignacio Danti. Para no cansar más al lector sólo citaremos la Sala de Audiencia, con pinturas que representan la historia de Camilo; la Capilla *dei Priori*; los aposentos de Eleonora de Toledo, llenos de obras de arte, y la sala en que se guardan curiosos muebles antiguos. Allí

vimos la urna en que fueron transportadas de Inglaterra las cenizas de Hugo Foscolo, y otro sarcófago dorado con los atributos de la Música que sirvió para trasladar los restos de Rossini: en él se ven inscritos los nombres de *Semiramis*, *Moisés*, *Guillermo Tell* y *El Barbero de Sevilla*, óperas que, según la crítica, ocupan el primer lugar entre las inspiradas producciones del gran maestro.

Del mismo estilo que el Duomo, como que fué diseñada por el mismo arquitecto, la iglesia de Santa Cruz es una de las más bellas de Florencia. La fachada de mármol de colores con sus hermosos bajo relieves luce muchísimo, pues se levanta frente á una plaza espaciosa, en el centro de la cual se ve la estatua del Dante, homenaje de la Italia al divino poeta. La primera piedra de esta fachada fué solemnemente colocada por Pío IX en 1857, y ya en 1847 se había concluído el esbelto campanario que se halla detrás de la iglesia.

El interior, iluminado por ventanas cubiertas con cristales de colores, es algo sombrío; pero así conviene sin duda á la majestad del templo, llamado por antonomasia el Panteón italiano, en virtud de los muchos monumentos sepulcrales que encierra, todos destinados á hombres notables en los diversos ramos del humano saber. Recordamos entre ellos los de Miguel Angel, Alfieri, el Dante, Bruni y Maquiavelo. Muchas páginas podríamos llenar si tratásemos de hacer una descripción minuciosa de todas las capillas y de las obras en ellas contenidas: baste sólo decir que la crítica ha considerado esta iglesia, en varias ocasiones, como superior al Duomo.

Frente á la plaza de su nombre, espaciosa como to-

das las de Florencia, se levanta la severa fachada de Santa María Novella. A su lado se ven las arcadas bizantinas de un hermoso claustro. El interior del templo es majestuoso, y como los arcos de las naves van disminuyendo de tamaño, conforme se acercan al altar mayor, el efecto de perspectiva es tal, que hace suponerlo más grande. Hay, como en todas las iglesias de Italia, obras de mérito; pero son las más dignas de elogio las que se encuentran en la capilla de los Españoles. Bellísimos son los frescos que representan escenas de las vidas de San Pedro Mártir, Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino; pero llama particularmente la atención ver representadas en varios nichos las ciencias, las virtudes y las artes por medio de imágenes de santos y de hombres ilustres. Así, por ejemplo: el emperador Justiniano representa el Derecho Civil; el Papa Clemente VI, el Derecho Canónico; Pedro Lombardo, la Teología especulativa; Severo Boezio, la Teología práctica; San Dionisio Areopagita, la Fe; San Juan Damasceno, la Esperanza; San Agustín, el Amor; Pitágoras, la Aritmética; Euclides, la Geometría; Ptolomeo, la Astronomía; Tubalcain, la Música; Zenón de Elea, la Dialéctica; Cicerón, la Retórica, y Donato, la Gramática. Completan el ornato sobre la bóveda los frescos de la Resurrección, la Ascensión, la Venida del Espíritu Santo, y la Navecilla de San Pedro, símbolo de la Iglesia.

No queremos abusar más de la paciencia del lector y marchamos hacia el Palacio Pitti. No lejos del Arno se puede ver la antigua fachada de un edificio medieval que causa buena impresión al viajero, deseoso de

conocer esa clase de monumentos. Es el Palacio Pitti, residencia que fué de Eleonora de Toledo, la esposa de Cosme I y después asiento de la corte. La gruta del patio, sostenida por 16 columnas dóricas, es muy hermosa. Abundan en los salones de este palacio regias obras que no nos es dable describir, citando sólo la rica Argentería donde se conservan bellísimos trabajos de Benvenuto Cellini. El jardín Gioboli anexo al palacio está considerado como uno de los más bellos de Italia.

—Venir á Florencia y no ver la Capilla de los Médicis, es tanto como ir á Roma y no ver al Santo Padre,—nos decía un entusiasta florentino. Fuímos, pues, á contemplar esa obra de mérito, á juzgar por la fama de que goza y en verdad que salimos complacidos. La parte baja está ocupada por una especie de catacumba sostenida por elegantes pilastras. Sobre esta catacumba se halla erigida una de las capillas más regias que hemos visto, con una airosa cúpula en que se ven frescos de Pedro Benvenuti, representando desde el Paraíso hasta la Pasión del Redentor. Allí está en compendio la historia sagrada. En derredor hay monumentos grandiosos, sobre dos de los cuales se levantan las estatuas de Fernando I y de Cosme II, hechas de bronce dorado. Los escudos de las ciudades de la Etruria se hallan en las paredes y están formados con incrustaciones de piedras preciosas, no faltando el que ostenta en su centro el lirio rojo de Florencia. ¡Lástima que el pavimento de ladrillo no corresponda á la riqueza de los mármoles y las piedras que adornan ese recinto!

Díjose en un tiempo que esta capilla estaba destinada

para el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, que el emir Faccardino había ofrecido arrebatarse á los infieles; pero más tarde Cosme II de Médicis lo destinó á recibir los sepulcros de su familia.

Si es admirable por lo suntuoso la capilla que acabamos de ver, no lo es menos la Sacristía Nueva por sus tesoros artísticos. Miguel Angel la construyó por orden de León X, mandándola concluir Clemente VII. El grande artista dejó allí dos monumentos dignos de su genio: las tumbas de Julián de Médicis, Duque de Nemours, y de Lorenzo de Médicis, Duque de Urbino. En la primera, la estatua del Duque, en actitud artística, se halla colocada entre otras dos hermosísimas que simbolizan *el Día y la Noche*. Acerca de esta última, el poeta Strozzi escribió lo que sigue:

«La notte che tu vedi in sì dolce atti
Dormire, fu da un Angelo scolpita
In questo sasso; e perchè dorme ha vita;
Destala, se no'l credi, e parleratti.»

Esto en castellano podría traducirse:

«La noche que tu ves en actitud tan dulce dormir, fué por un Angel esculpida en esta piedra; y tiene vida porque duerme; despiértala, si no lo crees, y te hablará.»

A lo cual respondió el mismo Miguel Angel aludiendo á la perdida libertad de Florencia:

«Grato m'è il sonno, e più l'esser di sasso,
Mentre che'l danno e la vergogna dura.

Non veder, non sentir m'è gran ventura:
Però non mi destar, dehl parla basso.»

que traducimos así:

«Me es grato el sueño, y más el ser de piedra, mientras que duren el daño y la vergüenza. No ver, no sentir, es para mí gran ventura; mas ¡ay! no me despiertes, habla bajo.»

La actitud meditabunda de la estatua de Lorenzo, que está entre las del *Ocaso* y la *Aurora*, hizo que en italiano se llamase *il Pensiero*.—Como un recuerdo del insigne artista queda en esta capilla, sin concluir, un grupo de la Virgen María y el Niño Jesús.

Muchas y grandes son las plazas de la ciudad; pero la que más llama la atención es la de Víctor Manuel por hallarse en el centro, rodeada de soberbios edificios, teniendo salida por un arco majestoso, y en medio la estatua ecuestre del finado rey de Cerdeña.

Después de haber recorrido tantos puntos interesantes dentro de la ciudad, se desea dar una vuelta por sus alrededores. Elegimos el *Piazzale Michelangelo*, situado sobre lo alto de una colina, convertida en magnífico paseo, con extensas avenidas, frondosas arboledas, jardines, asientos de piedra y numerosos fanales. Desde la glorieta que está adornada con una copia en bronce del *David* de Miguel Angel, se disfruta de un panorama encantador. La ciudad con sus torres y cúpulas, sus palacios y jardines, se abarca á un solo golpe de vista. Parece una sultana que se duerme arrullada por los rumores del Arno sobre el lecho que le forma la falda de los Apeninos. Desde allí se ve Fiesole, cu-

bierto de *villas* á cual más pintoresca. El panorama de Florencia es por sus encantos de aquellos que no se olvidan.

La luz del día iba amortiguándose y era preciso abandonar aquellos sitios, sin visitar la basílica de San Miniato, ni el templo de los Franciscanos que están sobre la montaña, cerca del Piazzale. Atravesamos por uno de los puentes tendido sobre el Arno, donde los plateros han establecido sus tiendas, con perjuicio del ornato público; vimos alejarse las barcas meciéndose en las aguas del río, y volvimos al centro de la ciudad envueltos de pronto en una espesa neblina. Cualquiera habría dicho que por arte de magia se nos había trasladado de las márgenes floridas del Arno á las riberas del Támesis.

